



#### IV.

**A**L salir de casa de Rasseneur, Esteban y Catalina caminaban en silencio. Empezaba el deshielo, un deshielo frío y lento, que ensuciaba la nieve sin derretirla, convirtiéndola en barro. En el cielo lívido se adivinaba, que no se veía, la luna llena, medio oculta tras grandes nubarrones negros, que un viento de tempestad hacía correr con rapidez vertiginosa; y abajo, en la tierra, no se oía ruido ninguno más que el del agua que caía por las canales de las casas.

Esteban, entorpecido con aquella mujer que le daban de un modo tan extraño, no encontraba palabras que decirle, ni medio de ocultar su malestar. La idea de quedarse con ella y llevársela á *Requillart*, le parecía sencillamente absurda. En el primer momento le habló de llevarla á casa de sus padres; pero ella se negó rotundamente, sin

cuidarse de disimular su espanto. ¡No, no; todo antes que volver á ser una carga para ellos, después de haberlos abandonado tan villanamente! Y uno y otro guardaron silencio, caminando sin rumbo fijo por aquellos caminos que el deshielo convertía en verdaderos arroyos de fango. Primero se dirigieron hacia *La Voreux*; luego tomaron por la derecha, y pasaron por entre la plataforma de la mina y el canal.

—Pues es preciso que duermas en alguna parte—dijo Esteban al cabo de un rato.—Yo te llevaría á mi habitación, pero...

Y un acceso de singular timidez le hizo interrumpirse. Uno y otro recordaban su pasado, sus vehementes deseos de otras veces, y las delicadezas y las vergüenzas que les habían privado de gozarse. ¿Le gustaría tanto, que sentiría renacer su afán de poseerla al verse á solas con ella? El recuerdo de las bofetadas que le diera en *Gastón-Marta*, más le excitaba el deseo que le inspiraba rencor, y, sin saber cómo, acabó por considerar la idea de llevársela á *Requillart* como lo más lógico y más natural del mundo.

—Vamos, decídete—dijo.—¿A dónde quieres que te lleve? ¿Tanto me odias, que no quieres venir conmigo?

Catalina, que andaba lentamente, resbalando por el barro, murmuró sin levantar la cabeza:

—¡Por Dios, hombre; no me hagas sufrir más, que bastantes penas tengo! ¿A qué vendría hacer

hoy lo que me pides, cuando yo tengo otro amante y tú una querida?

Hablaba de la Mouquette. Catalina creía, en efecto, como se aseguraba por el pueblo, que estaba viviendo con una mujer: y cuando Esteban juró y perjuró que no, la joven movió la cabeza con aire de duda, y recordó la noche en que los viera dándose besos en el camino de *Requillart*.

—¡Qué fastidiosas han sido esas tonterías!—replicó Esteban en voz baja y deteniéndose.—¡Nos habiéramos entendido nosotros tan bien!

La joven se estremeció al contestar:

—¡Bah! No lo sientas, porque no pierdes gran cosa. ¡Si vieras qué poco envidiable soy! Delgaducha como una bacalada, y tan estropeada, que de seguro no llegaré nunca á ser mujer.

Y continuó hablando con toda libertad, acusándose, como si se tratara de una falta, del retraso extraordinario que había en el desarrollo de su pubertad. A pesar de haber pertenecido ya á un hombre, aquel retraso la relegaba á la condición de chiquilla. Porque al fin estas faltas tienen todavía excusa en quien posee condiciones para concebir hijos.

—¡Pobrecilla mfa!—dijo Esteban en voz muy baja, presa de una compasión que ahogaba todos los deseos sensuales que tuviera un momento antes.

Habían llegado al pie de la plataforma, y estaban resguardados por la sombra de un gran montón de piedras. Precisamente el manchón producido en el

cielo por una nube, ocultaba la luna, y no permitía que se vieran las caras; sus alientos se mezclaban, sus labios se buscaban para besarse; restos de los deseos contenidos durante tantos meses. Pero de pronto reapareció la luna; vieron allá á lo lejos, encima de sus cabezas, la silueta del centinela de *La Voreux*, y, sin haberse dado ni siquiera un beso, apoderóse nuevamente de ellos el pudor, y se separaron. Entonces continuaron su camino lentamente, hundiéndose los pies en el fango producido por el deshielo.

—¿De modo que decididamente no quieres?—preguntó Esteban.

—No—dijo ella.—¡Tú, después de Chaval, y después de tí, otro!... No, eso me repugna; no me causa placer de ningún género. ¿A qué lo había de hacer, pues?

Callaron los dos, y anduvieron otro centenar de pasos sin cruzar ni una sola palabra.

—¿Pero sabes siquiera á dónde ir?—replicó él.—No puedo dejarte en medio de la calle, de noche y con el tiempo que hace.

Ella respondió simplemente:

—Me voy á casa, porque, después de todo, Chaval es mi hombre, y no tengo dónde dormir, como no sea en su cama.

—¿Pero no ves que te maltratará?

Volvió á reinar entre ellos el más profundo silencio. Ella se había encogido de hombros, con ademán resignado. La pegaría, y cuando se cansase de

pegarla, la dejaría en paz; ¿no era aquello mejor que corretear los caminos como una mujer perdida?

Además, iba acostumbrándose á los golpes, y pensaba, para consolarse, que de cada diez muchachas, ocho no tenían mejor suerte que élla. Si su amante se casaba algún día con élla, eso iría ganando y tendría que agradecerle.

Esteban y Catalina se dirigían maquinalmente á Montson, y á medida que se aproximaban al pueblo, iban estando menos locuaces. Cuando estuvieron á poca distancia de la plaza del pueblo, Catalina se detuvo, diciendo:

—No vengas más lejos. Si te viera, tendríamos otra vez alguna escena como la de antes.

Las once daban en el reloj de la iglesia; el café donde vivía Chaval estaba cerrado; pero se veía luz por debajo de la puerta.

—¡Adiós!—murmuró la joven.

Ella le había dado la mano, que él conservaba entre las suyas, hasta el punto que hubo de hacer un gran esfuerzo para que la soltara. Sin volver la cabeza ni una sola vez, llegó á la puerta de la casa y la abrió, valiéndose de su llavín. Pero Esteban no se alejaba de allí, é inmóvil en el mismo sitio, con la mirada fija en la casa, esperaba, ansioso, á saber lo que allí dentro sucedería. Prestaba atento oído, temiendo á cada instante oír gritos y sollozos de mujer. La casa continuaba silenciosa; Esteban vió luz en una ventana del piso principal; y al ver

que la ventana se abría, y que á ella se asomaba Catalina, se acercó.

Entonces la joven, sacando la mitad del cuerpo, le dijo en voz baja:

—No ha venido todavía, y voy á acostarme... ¡Por Dios, vete!

Esteban se fué. El deshielo iba en aumento; por las canales de los tejados caía mucha agua, haciendo gran estrépito.

El minero se dirigió primeramente á *Requillart*, enfermo de cansancio y de tristeza, sintiendo la necesidad de enterrarse en su vivienda subterránea. Luego se acordó de *La Voreux*, donde los belgas iban á trabajar al día siguiente, de los compañeros y amigos exasperados contra la tropa, y resueltos á no tolerar que nadie trabajase en las minas. Y entonces tomó el camino de *La Voreux*, siguiendo la orilla del canal.

Cuando llegaba al pie de la plataforma, aparecía la luna en el cielo, despejado de pronto. Levantó la cabeza, y miró al cielo, por donde galopaban las nubes fustigadas por el látigo del vendaval. Cuando se detuvo á contemplar el espectáculo de aquellos campos nevados, á la luz clarísima de la luna se fijó de pronto en otro, que se veía allá en lo alto de la plataforma. Era el centinela, que, yerto de frío, paseaba con el fusil al brazo, sin duda para soportar algo mejor la temperatura horrible de aquella noche.

Veíase brillar la hoja de la bayoneta por encima

de su negra silueta, perfectamente destacada en el fondo blanqueado del suelo. Pero lo que más atrajo la atención de Esteban fué una sombra que se veía detrás de la caseta donde se refugiaba *Buenamuerte* en las noches de tempestad; una sombra en la cual reconoció á Juanillo. El centinela no le veía; aquel maldito muchacho estaba seguramente meditando alguna broma de mal género, cuando no alguna maldad, porque le había oído decir muchas veces que detestaba á los tales soldados, enviados allí para asesinarlos. Esteban titubeó un momento entre llamarle ó no, con objeto de evitar una tontería. La luna se ocultó en aquel instante; Esteban lo había visto disponiéndose á dar un salto; pero volvió á brillar la luna, y el chiquillo continuaba en la misma actitud. El centinela, á cada paseo que daba, volvía la espalda á la caseta, después de haber llegado hasta ella. De pronto, aprovechando el paso de una nube por delante de la luna, Juanillo, de un salto, se montó en los hombros del soldado, y le clavó en la garganta el enorme puñal que usaba siempre. Como el corbatín de cuero resistía, el chiquillo tuvo que hacer fuerza con las dos manos y empujar el cuchillo con todo el peso de su cuerpo.

A menudo había matado así pollos y gallinas que robaba en los corrales; y tal práctica tenía, con tal rapidez obró, que en el silencio profundo de la noche no se oyó más que un ligerísimo quejido y el ruido del fusil al caer sobre la endurecida capa de nieve. La luna volvió á brillar en aquel instante.

Inmóvil de estupor, Esteban continuaba mirando. El grito que estaba pronto á dar quedó ahogado en su garganta. La plataforma estaba desierta. Subió rápidamente la colineja que lo separaba del teatro de aquel crimen, y encontró á Juanillo acurrucado detrás del cadáver del militar, que había caído boca arriba y con los brazos abiertos.

A la claridad de la luna, sobre el fondo blanco de la nieve, el pantalón colorado y la manta cenicienta se destacaban enérgicamente. La herida no manó ni una sola gota de sangre: el cuchillo se quedó clavado en la garganta hasta el mango.

El minero dió al muchacho un puñetazo brutal, furioso, y éste cayó sin sentido al lado de su víctima.

—¿Por qué has hecho esto?—tartamudeó, lleno de indignación.

Juanillo se levantó del suelo y anduvo un poco á cuatro piés, tambaleándose todavía por efecto de la conmoción que le produjo aquel puñetazo tan terrible.

—¡Rayos y truenos! ¿Por qué has hecho esto?

—No lo sé. Tenía muchas ganas de hacerlo.

No hubo medio de obtener otra explicación. Hacía tres días que sentía el deseo de matar á un soldado. Y no podía decir más; nadie le había instigado; la idea surgió en su mente, como surgían sus deseos de robar de cuando en cuando.

Esteban, aterrado ante aquella vegetación del crimen que se desarrollaba en el cerebro del chi-

quillo, le retiró de su lado, dándole un furioso puntapié, como si se tratara de un animal inconsciente. Temía que el cuerpo de guardia establecido en *La Voreux* hubiera oído el último quejido del centinela, y cada vez que las nubes permitían que la luna brillase, dirigía una mirada de ansiedad hacia la mina. Pero todo permaneció tranquilo. Entonces el minero se arrodilló en la nieve, palpó aquellas manos inertes, y aplicó el oído al corazón que debajo de aquel capote de militar había dejado de latir. Del cuchillo sólo se veía el puño de hueso, que llevaba grabadas con letras negras esta palabra: «Amor.»

Sus miradas fueron de la garganta á la cara, y de pronto reconoció al soldado; era Julio, el recluta con quien estuvo hablando unos cuantos días antes. Sin saber por qué, sintióse conmovido, como si se tratara de la desgracia de un amigo, al ver aquella cabeza rubia, aquella dulce fisonomía, aquella cara, blanca como la de una mujer, cuyos ojos, enormemente abiertos, miraban al cielo con la misma fijeza que algunos días antes los viera mirar al horizonte, como si buscasen su pueblo natal. ¿Dónde estaría aquel pueblecillo, Plogof, de que le había hablado? Allá, muy lejos, muy lejos. Allí, sin duda, pensaban en el pobre soldado dos mujeres, una madre amantísima, y una hermana cariñosa, bien ajenas de la desgracia que acababan de experimentar.

— Pero era necesario que desapareciese el cadáver;

Esteban pensó primero en tirarlo al canal; mas la certidumbre de que lo encontrarían le hizo desistir. Entonces su ansiedad fué inmensa. Los minutos pasaban. ¿Qué determinación tomar? De pronto tuvo una inspiración: si podía llevar el cadáver hasta *Requillart*, allí lo enterraría fácilmente.

— Ven acá, Juanillo—dijo.

El chico desconfiaba.

— No; vas á pegarme. Además, tengo mucho que hacer. Buenas noches.

En efecto: había dado cita á Braulio y á Lidia para un escondite que habían hecho entre los montones de madera que había cerca de *La Voreux* destinados á las obras de apuntalamiento. Se trataba de pasar la noche allí, con objeto de presenciar el espectáculo que se preparaba para el amanecer, si al fin se decidían los mineros á apedrear á los trabajadores recién llegados de Bélgica.

— Mira—contestó Esteban,—si no vienes inmediatamente, llamo á los soldados y te cortarán la cabeza.

Juanillo se decidió; Esteban sacó su pañuelo, y lo ató fuertemente al cuello del cadáver, sin arrancarle el puñal, para que no saliese sangre. La nieve se estaba deshelando, y en el suelo no habían quedado huellas sangrientas ni señales de lucha.

— ¡Cógelo por las piernas!

Juanillo obedeció; Esteban agarró al muerto por los hombros, y los dos bajaron de la plataforma muy despacio, y procurando no hacer ruido. Felizmente

la luna había vuelto á desaparecer. Pero al llegar abajo y tomar la orilla del canal, volvió á asomar en el cielo, y tan clara, que fué milagro no los vieran desde el cuerpo de guardia. Apresurábanse cuanto podían; pero el peso del cadáver era tal, que tenían necesidad de dejarlo en el suelo cada cien metros para descansar. Al llegar á las ruinas de *Requillart*, los asustó el ruido de unos pasos. No tuvieron tiempo más que para ocultarse detrás de unos matorrales, desde donde vieron pasar una patrulla. Un poco más allá encontraron á un borracho, que los insultó, y siguió su camino haciendo eses. Al fin llegaron á la boca del pozo, sudando á mares, y tan excitados, que al mismo tiempo tiritaban, como si tuviesen mucho frío.

Ya sabía Esteban que no había de ser fácil bajar el cadáver por donde él entraba todos los días. En efecto: fué aquello una operación horrible, veinte veces interrumpida. Primero fué necesario que Juanillo empujase desde arriba el cuerpo, mientras él, cogiéndose á las raíces de los árboles que penetraban en la mina, lo bajaba como Dios le daba á entender, hasta que tropezó con la escala. De aquel modo lo condujo á su madriguera con un trabajo ímprobo, que no es para relatado. El fusil que llevaba en la mano le estorbaba mucho; pero no había más remedio que sufrir para conseguir su objeto. Aun cuando no había querido, sin duda para que el espectáculo fuese menos horrible, que Juanillo bajase antes para traer un cabo de vela encendido, al

llegar al fondo del pozo dijo al muchacho que fuese por luz. Entre tanto se sentó en la oscuridad junto al cadáver. Esperaba la vuelta del chiquillo con febril impaciencia, y conteniendo á duras penas los terribles latidos de su corazón.

Cuando Juanillo apareció con la luz en la mano, Esteban le consultó acerca del sitio donde debía enterrarle, porque aquel muchacho conocía palmo á palmo sus dominios subterráneos. Echaron á andar; arrastraron el cadáver por entre un dédalo de galerías, y se detuvieron por fin á la distancia de un kilómetro próximamente. Era aquel sitio tan bajo de techo, que tenían necesidad de andar en cuatro piés por debajo de unas rocas apenas sostenidas por unos cuantos puntales de madera podrida, y, por lo tanto, amenazados á cada instante de quedar enterrados allí por efecto de un hundimiento. En aquel agujero, que parecía una chimenea, colocaron el cadáver, como si estaviese en un nicho; pusieron el fusil á su lado, y luego, á riesgo de quedar ellos allí también para siempre, acabaron de romper los puntales. Una piedra inmensa se vino abajo, tan rápidamente, que apenas tuvieron tiempo de huir. Cuando Esteban, que sentía la necesidad de mirar atrás, lo hizo, vió que el techo continuaba hundiéndose, aplastando poco á poco aquel cadáver bajo el peso enorme de la masa de roca.

Todo desapareció un momento después.

Juanillo, cuando llegaron á la cueva que habitaba Esteban, se halló tan fatigado, que se

dió sobre el montón de paja, murmurando entre dientes:

—¡Bah! ¡Que esperen aquellos tontos! ¡Yo voy á dormir una horita!

Esteban se sentó en un rincón, y apagó la luz, porque ya no quedaba más que un cabillo de vela.

También él estaba rendido, pero no tenía sueño; dolorosos pensamientos, terribles visiones, como las que se tienen en una pesadilla, le atormentaban horriblemente. Pronto se vió acometido por una sola consideración. ¿Por qué no habría él matado á Chaval, teniéndole aquella noche en el suelo cuando él le amenazaba con su puñal, y por qué aquel chiquillo acababa de asesinar á un hombre que ni siquiera sabía cómo se llamaba? Tales preguntas trastornaban sus creencias revolucionarias, y le quitaban el valor para matar, creyendo que no tenía derecho para hacerlo.

¿Se volvía cobarde, ó era que le sublevaba, á la vista de aquella sangre inocente injustamente derramada, una duda espantosa? El chiquillo, tendido en la paja, roncaba tranquilamente, y Esteban estaba furioso al sentirlo allí cerca, durmiendo, como si nada hubiese hecho. De pronto se estremeció; acababa de sentir miedo. Parecióle que de las profundidades de la tierra había salido un gemido. El recuerdo del pobre soldado enterrado allí, con su fusil, le dió frío y le puso el cabello erizado. Tanto sufría y tanto le repugnaba verse junto al precoz asesino, que resolvió salir de la cueva. Arri-

ba, en medio de los escombros ruinosos de *Requiart*, respiró el aire libre con verdadera fruición. Puesto que no se sentía con fuerzas para matar, á él le tocaba morir; y aquella idea de su muerte, que le ocurriera poco antes, iba echando raíces en su imaginación, que se acostumbraba á considerarla como su última esperanza, como su único consuelo.

Había que morir, morir defendiendo la causa de la revolución; aquello lo terminaría todo, y, bien ó mal, saldaría su cuenta consigo mismo y con sus compañeros, ahorrándose el trabajo de pensar más.

Si los mineros atacaban aquella mañana á los trabajadores belgas, él iría en primera línea, delante de todos, y no tendrían tan mala suerte que no le matasen. Esto resuelto, se encaminó tranquilo á los alrededores de *La Voreux*. Daban las dos; gran ruido de voces salía del cuerpo de guardia del destacamento que ocupaba la mina. La desaparición del centinela había puesto en movimiento á la tropa; despertaron al capitán, y después de reconocer detenidamente el terreno, acabaron por creer en una desertión. Esteban, escondido allí cerca, pensaba en aquel capitán, de quien el pobre soldado le había dicho que era republicano. Tal vez le decidieran á pasarse á la causa del pueblo. En tal caso, los soldados levantarían las culatas, y quizás aquella fuese la señal para una matanza de burgueses. Otra ilusión se apoderaba de él; ya no pensó en morir, y, durante algunas horas, permane-

ció inmóvil, metido en fango hasta el tobillo, acariando la esperanza de una victoria posible.

Hasta las cinco estuvo esperando la llegada de los obreros belgas. Entonces echó de ver que la Compañía había tenido la precaución de hacerles dormir aquella noche en *La Voreux*. La bajada de mineros empezó puntualmente. Ya iba amaneciendo, cuando unos cuantos huelguistas del barrio de los *Doscientos Cuarenta*, que estaban en acecho, fueron á dar cuenta á sus amigos de lo que pasaba. Esteban fué quien les advirtió de lo que sucedía: entonces ellos echaron á correr, mientras el joven se quedaba allí, esperando la llegada de todos los compañeros. Dieron las seis; aparecía la aurora; de pronto vió á lo lejos al abate Rauvier, que, con la sotana remangada y á paso ligero, atravesaba uno de los senderos próximos. Todos los lunes iba á decir misa á la capillita de un convento establecido á poca distancia de la mina.

—Buenos días, amigo,—le gritó en voz alta al joven, después de contemplarle un momento.

Pero Esteban no contestó. A lo lejos, por otro sendero, acababa de ver pasar á una mujer, y figurándose que era Catalina, se precipitó á su encuentro, lleno de inquietud y de extrañeza.

La pobre muchacha estaba andando por el campo desde las doce de la noche. Cuando Chaval volvió á su casa y la encontró en la cama, la echó de allí á bofetadas y á puntapiés, diciéndola que se largara por la puerta, si no quería salir por la ven-

tana. La pobrecilla, llorosa y temblando, casi desnuda y dolorida de tanto golpe, se encontró, sin saber cómo, en medio de la calle. Sentóse en una piedra enfrente de la casa, mirando á la fachada, con la esperanza vaga de que su amante la volviese á llamar, porque no era posible otra cosa. De seguro la estaría atisbando desde la ventana, y le diría que subiese, al verla tan abandonada, pues no tenía á nadie que la recogiese.

Luego, al cabo de dos horas, se decidió á marcharse, porque no tenía fuerzas para resistir el frío por más tiempo. Salió del pueblo, volviendo sobre sus pasos, porque no se atrevía á llamar á la puerta de su amante. Al fin tomó la carretera, con la idea vaga de encaminarse á casa de sus padres. Pero cuando llegó al barrio de los obreros, sintióse acometida de tanta vergüenza, que echó á correr como alma que lleva el diablo, temerosa de que la viera alguien en aquel sitio, en la hora que todos debían estar entregados al sueño. Desde entonces vagaba por el campo, temblando cuando oía cualquier ruido, creyendo que la iban á coger y se la iban á llevar á cierta casa de prostitución de Marchiennes, en la cual había pensado siempre con horror. Dos veces se encontró, sin saber cómo, en *La Voreux*; dos veces la horrorizó el ruido de voces que salían del cuerpo de guardia, y dos veces se alejó de allí, corriendo y mirando hacia atrás, porque creía que era perseguida. Aun cuando el caminejo que conducía á las ruinas de



*Requillart* estaba siempre lleno de borrachos, se decidió á seguirlo, con la vaga esperanza de encontrar de nuevo al hombre á quien rechazara algunas horas antes.

Aquella mañana Chaval debfa ir á trabajar á *La Voreux*. Este recuerdo llevó á Catalina á los alrededores de la mina otra vez. Le verfa pasar; pero comprendfa que era inútil hablarle: entre los dos todo habfa concluído. Ya no se trabajaba en *Juan-Bart*, y Chaval la habfa dicho que la ahogaría si se contrataba para trabajar en *La Voreux*, porque temfa que le comprometiese. ¿Qué hacer? ¿Irse de allí? ¿Morir de hambre? ¿Ceder á las instancias de cualquier hombre con quien tropezase?

Amaneció al fin, y acababa de distinguir á Chaval, que, prudentemente, daba un rodeo para entrar en *La Voreux* por detrás de la plataforma, á fin de que no le viesen, cuando advirtió que Braulio y Lidia asomaban la cabeza fuera de su escondite, hecho entre los montones de madera cortada para los trabajos de la mina. Allí habfan pasado la noche, sin permitirse ir á dormir á su casa, en cumplimiento de las órdenes terminantes que recibieran de Juanillo; y mientras éste dormfa tranquilamente en *Requillart*, después de haber cometido un asesinato, los dos chiquillos habfan caído uno en brazos de otro para no tener frío. Y como el viento soplaba con furia, y el escondite no era sitio abrigado, tenían por fuerza que estrecharse mucho. Lidia no se atrevía á quejarse de los malos

tratos de Juanillo, del mismo modo que Braulio se abstenía de hacerlo en voz alta cuando pensaba en las bofetadas de aquel á quien reconocía como jefe suyo; pero la verdad es que ya iba picando en abuso la conducta de Juanillo, quien, además de maltratarlos, se negaba á repartir el fruto de sus rapiñas; sus corazones se sublevaban, y acabaron por darse un beso, á pesar de la prohibición del capitán, y despreciando el castigo misterioso con que á menudo los amenazaba si desobedecían sus órdenes. El castigo no se presentó; y poco á poco siguieron acariciándose cada vez con más deleite, sin pensar en ninguna otra cosa, y poniendo cada uno de ellos en aquellas caricias toda su antigua pasión disimulada y contenida, todo lo que habfa en ellos de ternura y de martirio. Así habfan pasado la noche entera; tan felices en el fondo de aquel agujero que les servía de escondite, que no recordaban haberlo sido tanto jamás, ni siquiera el día de Santa Bárbara, la gran fiesta de los mineros, el único día del año quizás que se comía y bebía con abundancia.

De pronto Catalina se estremeció al oír el toque de una corneta. Empinóse, y vió que el destacamento de *La Voreux* tomaba las armas. Esteban acudía corriendo, mientras Braulio y Lidia salían de su escondite. Y allá á lo lejos, á la indecisa luz del amanecer, un grupo numerosísimo de hombres, mujeres y chiquillos, gritando desafortadamente, avanzaba con rapidez por el camino del barrio de los obreros.